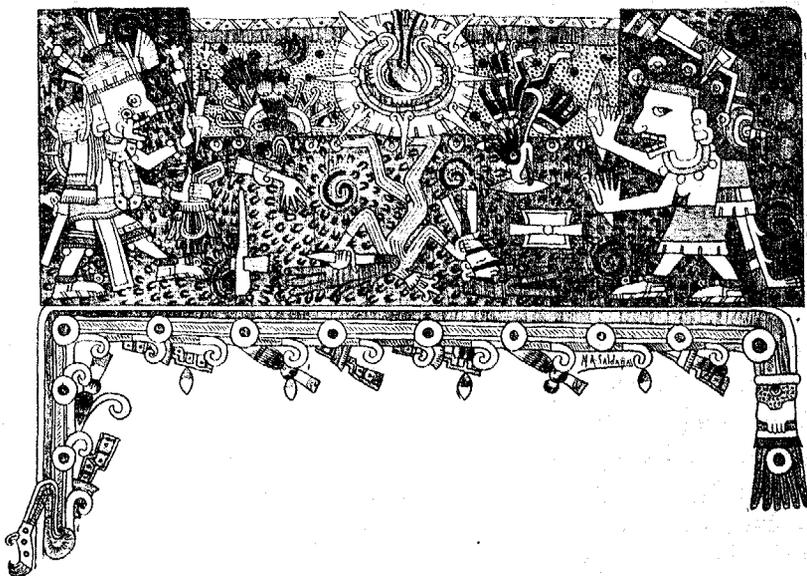


EXPOSICIÓN GENERAL
SOBRE
LA ARQUEOLOGÍA MEXICANA

por Jesús Galindo y Villa.

PROFESOR EN EL MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA,
HISTORIA Y ETNOLOGÍA



I

Preliminar. — Los estudios arqueológicos en México. — Su falta de estímulo. — Carencia de Escuela de Arqueología. — Improvisación de los Profesores mexicanos. — Las «clases» y la «dirección de investigaciones de alumnos.» — Falso concepto que se tiene de la Arqueología en México. — Cómo se juzgaba anteriormente al Museo. — Los Profesores de 1881. — Sus palabras. — Evolución del Museo. — Frases del Profesor actual de Arqueología, en 1911. — Los investigadores extranjeros. — Reacción a favor de los estudios arqueológicos.

Al clausurarse el año escolar de 1912, correspondiente a los cursos que seguimos en nuestro antiguo Museo Nacional sobre **Arqueología Mexicana**, que en no pocos puntos guarda avara sus arcanos y en otros se nos muestra clara y brillante, sentí vivos deseos, apoyados por la Dirección del plantel, entonces a cargo del señor LIC. D. CECILIO A. ROBELO, y alentados por la Secretaría de Instrucción Pública, de dar como resumen de esos cursos, y en mi calidad de Profesor de la materia, la serie de conferencias que modestamente inauguré el sábado 5 de octubre de 1912, bajo la presidencia del señor Vicepresidente de la República y Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, que se dignó asistir también a las posteriores de la citada serie. En ellas seguí el método basado en el desarrollo de mi programa escolar, usando del lenguaje más sencillo para hacerlas eminentemente educativas.

Fueron las primeras que emprendimos en el Museo como final de un curso, y sin pretensiones de ninguna especie; porque si éstas no deben abrigarse por nadie que suponga dominar alguna rama de los conocimientos humanos, que de suyo se encuentre todavía envuelta en el ropaje de las conjeturas, mucho menos por quien, como el que esto escribe, declara ser el último soldado en las filas de los investigadores de *lo que fué*.

Sin embargo, no sin vagos temores recorrí el sendero; temores que no arrancan ni arrancarán aún de una falsa modestia bajo cuya máscara suele ocultarse la vanidad; sino como producto de una convicción profunda y amarga, emanada de diversas causas, tales como el ningún estímulo que casi siempre ha dominado, entre nosotros, a los estudios arqueológicos; y la difícil y no comprendida situación en que generalmente se han encontrado los profesores del ramo, muy inferior a la que disfrutaban sus colegas de otros planteles, cuya augusta misión es la de transmitir a sus alumnos los conocimientos ya sancionados, o admitidos, al menos, en el santuario majestuoso de las ciencias.

Además, debe decirse sin reticencias ni cobardías, y con viril resolución, que, en México, la Arqueología ha sido una especie de fatal piedra de toque, sobre la cual cada uno se cree con derecho a descargar sus golpes sin piedad y sin criterio; como lo verifican hasta los mismos ignorantes de profesión.

Quienes nos hemos lanzado por el camino de semejante categoría de estudios, no bebimos las mismas cristalinas en una Escuela de Arqueología, por la obvia razón de que nunca la hemos tenido, descansando tan sólo en nuestros propios esfuerzos; improvisándonos maestros—¿por qué no confesarlo?— en materias tan escasamente estudiadas; las cuales, si es verdad que proporcionan al espíritu un sano y plácido deleite, que levanta el alma sobre las miserias y pequeñeces terrenales, en cambio, al despertar a la realidad de la vida, y ponernos en contacto con ésta, no nos producen más que los punzantes desengaños de que se halla colmada la existencia humana; sobre todo tratándose del grave problema de la conservación de la vida en esta época de prueba.

Hay que exponer, no obstante, en abono nuestro, una observación de la más alta importancia. Al establecerse en el Museo, el año 1906, lo que entonces comenzamos a llamar *clases*, tocándome a mí en suerte fundar la de Arqueología, dimos comienzo a una labor que hasta hoy ha sido quizás ajena a nuestros austeros deberes, en los cuales nos hemos excedido. En efecto, la ley nos manda *dirigir* tres veces por semana *investigaciones de alumnos*, siendo así que hemos *dado cátedras* esas tres veces semanarias; lo cual nos favorece a los profesores, puesto que la distancia es bien sensible entre una y otra obligaciones; más fácil, más llana, menos expuesta a las acerbas críticas, la de tan sólo *dirigir investigaciones*.

* *

Voy ahora a emprender un resumen de lo que entonces expuse, al penetrar en el *Sancta Sanctorum* de nuestro pasado precortesiano, como alumnos en medio de nuestros propios discípulos.¹

Nada de nuevo ni de maravilloso dije que se encontraría en esa revista de mera vulgarización; siendo tan aventurado emitir ideas nuevas, que hasta uno de nuestros desaparecidos pensadores, arqueólogo por cierto, exclamó una vez ingenuamente y con toda verdad: «por regla general—decía— los arqueólogos empiezan *interpretando*, siguen *adivinando* y acaban *delirando*,» confesión franca y sincera que, por lo que a mí toca, me sujeta a no seguir más inspiraciones que las de los libros; las enseñanzas de mi eminente maestro el sabio Ex-Director del Museo D. FRANCISCO DEL PASO Y TRONCOSO; la disciplina del método, y el criterio de la lógica y de la razón, aplicados a una ciencia que debe reputarse en México como muy poco conocida y cultivada.

Por eso también, aquellas conferencias tendieron a concentrar las miradas sobre dicha ciencia; siendo asimismo de intenso patriotismo prestar nuestro concurso para estudiarnos a nosotros mismos, profunda y radicalmente; penetrando por todos los rincones de nuestros tiempos remotos, para darnos la clave de la idiosincracia de las razas indígenas pobladoras de nuestro territorio; analizar las causas de su ninguna evolución, y aplicar, entonces, recta y eficazmente, los medios regeneradores aun cuando sean lentos, pero seguros.

* *

Es preciso, por otra parte, llamar igualmente la atención de nuestro público serio, hacia una rama de los conocimientos humanos, que falsamente se juzga como de positiva *curiosidad*; pero cuyo fondo es de la más alta importancia: juicio que no debe extrañarnos, porque el Museo mismo no ha sido apreciado nunca en su verdadero carácter; y creo conveniente repetir aquí lo que dije en otra ocasión, tanto a mis alumnos de Historia como a los de Arqueología, cuando abrí los cursos respectivos de ambas asignaturas en agosto de 1911.

¹ En artículos subsecuentes, de los cuales el presente es el primero, expondré el resumen a que hago referencia.

«Pensábase (desde época ya remota) en seguir borrando por todos los medios posibles, el concepto erróneo que dominaba aún en el criterio del mismo público ilustrado, de que el Museo era una especie de almacén de curiosidades, dentro de cuya organización, aparentemente defectuosa, cabía desde el ejemplar teratológico humano o el animal, conservados cuidadosamente en alcohol, hasta el objeto inservible o vetusto de una casa cualquiera; tal vez porque hubo, en efecto, un tiempo en que nuestro Museo exhibió piezas disímbricas, «sin orden, sin clasificación, sin estudio, que no satisfacían sino a la vulgar curiosidad; — como lo escribieron sus profesores en 1881; — ningún estudio serio, ninguna deducción importante, ningún dato útil podía obtenerse de un conjunto de inco- nexos materiales, que, en confuso desorden, estaban hacinados en un local impropio para el Establecimiento, que tampoco contaba con recursos para dar vida a la institución y hacer brotar el orden en medio del desorden. Llegó, sin embargo, el tiempo en que el Supremo Gobierno fijó su mirada en el Museo; le consagró su atención; le facilitó medios para levantarse, y el Museo llegó a ser lo que debía; la reforma más completa hizo sentir su mano, y a las antiguas y heterogéneas colecciones, sucedieron las que informó el más riguroso método científico. Los que han dedicado sus mejores años a la investigación científica y han tropezado con todas las dificultades de la organización y de la clasificación, y han logrado vencerlas con fatiga sin igual, comprenden cuántos desvelos, cuánta abnegación, cuánto estudio se necesitan para formar las colecciones que hoy tiene el Museo; donde el viajero palpa y examina de bulto los progresos de la civilización, el origen, las costumbres, las imitaciones, las tendencias y los progresos realizados por los aborígenes y por todas las razas que a ellos sucedieron; es el Museo historia viviente; es la voz de las generaciones que fueron; retrata la civilización, el carácter de las presentes, y recogerá cuidadoso las reliquias de las venideras. Si la Historia es el oráculo de la Humanidad, si son sus enseñanzas preceptos que indican a los pueblos su mejor senda y les aconsejan su mejor regla de conducta, loable misión es la de conservar intacta el arca que mejor guarda los tesoros de la Historia.»

«Inaugurado en 1887 el gran Salón de Monolitos; dispuestas las colecciones en muy modesta estantería, pero limpia y aderezada, el Museo, que hasta hace poco lo era también de Historia Natural, tomó una más severa forma, y mayor carácter, a pesar de su exiguo y mal retribuido personal científico.»

«Corriendo el tiempo, el Museo ha ido elevando a considerable altura su nivel, y no conforme el Gobierno con ver acumulado el ya selecto material histórico y el copioso arqueológico, aparte del antropológico que antes contenía el plantel, y el etnográfico que empezó a formarse hace va-



rios años, determinó que se abrieran en el Establecimiento investigaciones permanentes que, bajo la dirección de los mismos profesores del Museo, llevaran a cabo grupos de alumnos que poseyeran una positiva vocación para este linaje de especulaciones.»¹

A la vez, nobles son «y han sido los esfuerzos que una legión de intelectuales extranjeros viene poniendo en juego desde antaño, para orientar científicamente esas especulaciones arqueológicas, a fin de llegar a conclusiones más o menos concretas; y, allanado ese camino, necesitamos seguirlo con criterio firme; con paso mesurado, con extraordinaria circunspección; porque —como anteriormente lo asenté— suele ser peligroso y tentador el brillo de las teorías nuevas y de las nuevas concepciones, que solamente pueden tener —lo que es imposible las más veces— su inmediata comprobación en las ciencias positivas.»²

Si nuestra historia patria ha ido despertando vivo interés allende nuestras fronteras, puede decirse que la Arqueología es motivo de particular predilección y de abundantes estudios, de parte de un grupo extranjero, que conoce más que nosotros mismos nuestras cosas antiguas y nuestras viejas crónicas; sin duda porque innumerables tesoros de la Arqueología Mexicana y de nuestros anales han salido de México para enriquecer bibliotecas y museos; como dan testimonio de ello instituciones de toda Europa: en OXFORD, en MÁNCHESTER, en LONDRES, en MADRID, en PARÍS, en BERLÍN, en DRESDE, en VIENA, en ROMA. . . . allí están, inapreciables documentos que debiéramos custodiar en este mismo recinto. Y, a mayor abundamiento, los estudios más eruditos y de renombre mundial, —acerca de edades pasadas— han brotado, con algunas excepciones, de la esplendidez de un KINGSBOROUGH, de la munificencia de un LOUBAT; y, primero que en México, hánse establecido en otra parte clases de *americanismo*.»³

Numerosos exploradores, también extranjeros, describen las ruinas que se levantan silenciosas en el vasto territorio nacional; y no poco de lo encontrado en ellas se ostenta bajo los cristales de los escaparates de museos americanos o europeos; estudian nuestra filología indígena, las costumbres de las familias étnicas de México; excavan nuestro suelo, y en obras apreciables vacían sus impresiones y sus vigiliassobre esta patria mexicana.

Empero, es consolador que, además de la reacción que de tiempo

1 *Boletín del Museo*, tomo I, 1911, págs. 29 y siguientes.—Véase el Programa de Arqueología en la pág. 32.

2 *Ibid.*

3 Ejemplo de lo que vengo diciendo es la reciente publicación del *Manuel d'Archéologie Américaine*, por H. BEUCHAT; obra sobre la cual dice VIGNAUD en su prólogo, «que es lo primero y único en su género que acerca del particular se ha escrito;» juicio que debe sonrojarnos a los mexicanos que debiéramos haber emprendido tal labor antes que nadie.



atrás —agregaba yo— se ha dejado sentir entre nosotros los mexicanos en favor de nuestra Arqueología; del empeño y de las disposiciones del Gobierno para impedir la exportación de antigüedades; la creación de las investigaciones de alumnos, etc., todo ello venga siendo un factor poderoso para la concentración, en el Museo, de todas las fuerzas vivas, que de consuno, tiendan a dar carácter esencialmente mexicano a las especulaciones científicas, y acerca de las civilizaciones precolombinas; y para que de nosotros mismos surja un vigoroso y concienzudo estudio de cuanto nos pertenece, de todo lo que es nuestro, de lo que se encuentra en nuestra misma casa, para que no tengamos la forzada necesidad de saciar nuestra sed en ajenos manantiales.

II

¿Qué cosa es la Arqueología?—Confusión de esta ciencia con la Historia Antigua.—Funciones de ambas ramas de los conocimientos humanos.—El término «Arqueología.»—Los monumentos de la antigüedad.—Definiciones.—La Arqueología como ciencia deductiva y de investigación.—La Prehistoria y la Arqueología.—Papel que desempeña cada una de estas ciencias.—No deben confundirse.—Limitación indebida de las atribuciones de la Arqueología mexicana.—La Arqueología Prehistórica.—La Arqueología Pre-cortesiana.—La Arqueología Colonial.—Breves consideraciones.

Pero es tiempo ya de preguntarnos ¿qué cosa es esa Arqueología de que venimos hablando, y cuyo prometido bosquejo, en lo que a la civilización mexicana toca, nos ocupó en las citadas conferencias?

Antes de respondernos, precisa ante todo hacer observar que con frecuencia se confunde a la **Arqueología Mexicana** con la **Historia Antigua de México**. Esta última, nos proyecta en la blancura de su inmensa pantalla, una serie de cuadros animados que sistemáticamente se ligan entre sí; por donde desfilan en conjunto armónico los períodos todos de las grandes épocas que comprende, desde los orígenes nebulosos, impenetrables al ojo humano, hasta presentarnos a los pueblos aborígenes, ora en su colectividad, ora en sus detalles; y que nos sintetiza el pasado como experiencia del presente y previsión del porvenir; la Historia Antigua, que con su maravillosa facultad, nos revive las épocas con su bri-

llante colorido y nos transporta con la magia de su poder, en tiempo y lugar, a lo que ya no existe de real y de tangible, exhuma de sus tumbas milenarias a los hombres cubiertos con la mortaja del olvido; les reviste de su carne mortal como las osamentas al conjuro del Profeta; les vivifica al soplo de su espíritu, y hasta da sonido a su garganta que fué pasto de gusanos, para colocarles, finalmente, en el grandioso escenario de sus descripciones, ante las miradas estupefactas de la humanidad, que con ávidos ojos palpa cómo aquellos séres vuelven a representar viejos papeles que son óraculo para todos los hombres y todas las generaciones subsecuentes.

La **Arqueología**, a su vez, camina sobre campos cubiertos de despojos; pero tan sólo analiza *un aspecto de la Historia de la Antigüedad* y es auxiliar de primer orden para ésta.

A pesar de tal restricción, se ha concedido al término **Arqueología** una gran latitud al definirse a dicha ciencia como el *estudio de la antigüedad entera por los monumentos y los autores*; pero considerada como la *ciencia de lo antiguo*, no debe confundirse con la **ciencia de la Antigüedad**: ésta es genérica, y aquélla específica.

Algunos etimologistas estrechan los límites del concepto reduciendo la Arqueología al estudio de los monumentos de la antigüedad; entendiéndose por **monumento** toda obra material levantada o hecha en memoria u honor de acciones heroicas o de personas; definición poco completa, puesto que, por extensión, se aplica el término *monumento* a las mismas obras literarias de alta valía o de universal renombre; y tan monumento es la obra inmortal de Cervantes, como los pasmosos manuscritos de los indios mexicanos.

En un sentido más restringido, que es el consagrado por el uso, el término *Arqueología* se aplica únicamente al *estudio e interpretación de todo lo que los pueblos antiguos han transmitido a la posteridad, en obras materiales*. En consecuencia, la Arqueología general, como ciencia deductiva y de investigación, se apoya para sus conclusiones en la mayor suma de *elementos positivos*.

*
*
*

Sentado que la Arqueología es la ciencia de lo antiguo, también suele confundírsela con la **Prehistoria**, ciencia modernísima y por demás interesante; y que, como su nombre lo define, investiga *lo anterior a los tiempos históricos o lo que les precede*. La *Prehistoria* propiamente dicha,

es del dominio absoluto y eminente del geólogo: analiza los yacimientos o depósitos de material prehistórico, y remonta su vuelo nada menos que hasta los orígenes mismos de la humanidad. Por eso tiene la *Prehistoria* tan grave encargo y tan hondas responsabilidades: ella es la que descubre las primeras huellas del ser humano, el mamífero primato de LINNEO; ella la encargada de velar por la unidad de la especie humana, aun enfrente del famoso precursor de MORTILLER, el discutido *Antropopiteco* u Hombre-mono de la época terciaria, y de la celebrada osamenta del *Pitecantropus erectus*, que, al decir de DUBOIS, fué hallada por éste en los aluviones fluviales de Java, y lo supone un intermedario entre los monos atropomorfos y el hombre tipo; la *Prehistoria* es la que asiste, en fin, a la aparición del hombre cuaternario, y lo sigue en su vida cavernícola, y en sus primeros asombros cuando su incipiente industria hace brotar el fuego del frotamiento de dos maderos: ella la que contempla al rey de la creación en su despertar excelso; los estremecimientos grandiosos del planeta donde aquél mora, los espasmos gigantescos de la costra terrestre al enfriarse y contraerse como astro apagado, pero como organismo viviente, después de esplender con las radiaciones del mismo sol. Tal es la *Prehistoria* que no abandona al hombre en las rudas edades de la piedra, ni en las más avanzadas en que aquel ya supo trabajar duros metales; porque los últimos descubrimientos que han enriquecido el arte prehistórico, demuestran cuánto fué importante la cultura del hombre en las primeras edades de su vida.

La *Arqueología*, por su parte, sin penetrar a tan profundos y tan solemnes misterios, asoma sus ojos no menos extasiados por los campos amenos de la *Prehistoria*, sin posar en ellos su planta; y se eslabona con esta ciencia tan íntimamente, como los elementos sucesivos de una misma cadena; pero todas sus investigaciones se concretan a los pueblos históricos.

Aquí en México hemos limitado indebidamente el campo de acción de la *Arqueología*; y nos detenemos al rayar los tiempos netamente cortesianos; es decir, hasta el momento en que, con la toma de TENOCHTILAN, fué un hecho la Conquista española; pero las tres centurias de dominación ibera nos legaron también ricos y valiosísimos elementos arqueológicos; hechos que obligan ya, a establecer una división general para los estudios arqueológicos mexicanos, y la propongo en la siguiente forma:

- 1.—Arqueología Prehistórica;
- 2.—Arqueología Precortesiana;
- 3.—Arqueología Colonial.

* * *

Acabamos de decir que la Prehistoria penetra su mirada inquisitiva hasta en las más remotas manifestaciones humanas; y tiende a leer como en un libro los caracteres fosilizados que ocultan como hojas de ese libro las capas geológicas: pero una modalidad de esas manifestaciones, se encomienda para su estudio a la **Arqueología Prehistórica**; que desentendiéndose de las trascendentales cuestiones de origen, se concreta al examen detenido y a la descripción detallada de los elementos positivos en que descansan sus conclusiones; elementos que fueron abandonados por el hombre prehistórico cuando quedó sumergido en los terrenos cuaternarios, después de haber sostenido recia lucha con sus mismos semejantes, con los animales feroces y los agentes atmosféricos, que en aquellas edades pretéritas llegaron a mostrar las espantosas manifestaciones del poder de sus fuerzas colosales, cuyas muestras son la formación misma de las montañas, el fuego de los volcanes, la depresión de los valles, la estructura de los continentes y la obra terrible de las aguas, ya precipitándose hacia el oscuro fondo del abismo, o labrándose su lecho al través de las espesas rocas, o precipitándose sobre la tierra entera en estupendo y legendario diluvio.

La **Arqueología Precortesiana** es la que nosotros estudiamos, y la que preferentemente ocupa la atención en nuestra modesta cátedra. Reune también la mayor suma de elementos positivos, pero como se dijo, de los pueblos históricos; y sin ocuparse tampoco en los orígenes de los pobladores, porque vimos que no le corresponde esa investigación, describe los monumentos; *lee*, si puede, o *interpreta*, las leyendas epigráficas y el jeroglífico escrito en el papel de maguey o en la piel adobada; descende a trazar el cuadro de las artes industriales de las civilizaciones históricas; e integra el conjunto de la escena representada por las naciones política y socialmente organizadas, y que la **Etnología** y la **Etnografía** han traído sobre el tablado de sus lucubraciones.

La **Arqueología colonial** es sumamente sugestiva e interesante. En los grandes períodos que la preceden, acabo de decir que el Arqueólogo acompañado del Etnólogo nos descubre las civilizaciones aborígenes por medio de los tres elementos que, según GUSTAVO LE BON, componen una civilización: las *artes*, las *instituciones*, las *creencias*. Pero cuanto mantenían en pie los grupos étnicos precortesianos, vino por tierra al soplo intenso de la Conquista española, y fué substituído en creencias, institucio-

nes y artes, por elementos superiores, más resistentes y cultos, y de diverso carácter, que barrieron con todo lo pasado y bajo el aplastante peso de su mayor cultura. De allí brotó el **Arte colonial** con sus monumentos religiosos, civiles, militares, funerarios; sus productos industriales, que son nueva manifestación arqueológica de la mayor importancia para el **Arte retrospectivo**. Por eso en el Museo funciona ya la Sección que tiene a aquél a su cargo; y que con cariño y con amor se extasía ante las filigranas churriguerescas de los tallados retablos o de las fachadas de piedra de nuestras iglesias; los arabescos de las viejas sillerías de los derruídos conventos; los primores de las artes suntuarias de tiempos que ya volaron. Y, si comprendemos en nuestra división de **Arqueología colonial**, a los siglos XVI, desde la Conquista, al XIX, tendremos completa la función de nuestra **Ciencia arqueológica** desde la **Prehistoria mexicana** hasta los albores de nuestra libertad política.

III

Lugar que ocupa la Ciencia Arqueológica en el concierto de los conocimientos humanos.—Las diversas escuelas filosóficas.—La Antropología.—La Etnología.—La Prehistoria.—La Historia.—La Arqueología.—Consideraciones generales.—La Arqueología es una Ciencia Antropológica.—El Programa de Arqueología.—Sus defectos inevitables.—Su desarrollo.—Conclusión.

Voy a extenderme ahora, aunque con brevedad, en un punto interesante: qué lugar ocupa la Arqueología en el concierto de los conocimientos humanos; y, en consecuencia, qué clasificación universitaria corresponde a aquella ciencia.

Sabido es que hasta la fecha no han podido ponerse de acuerdo las diversas escuelas filosóficas sobre la clasificación metódica de las ciencias; clasificación no pocas veces subjetiva. Por otra parte, hay ciencias que se compenetran o sobreponen, por decirlo así, y aun se confunden, dados la «imposibilidad y hasta el peligro de aislar los fenómenos para entenderlos»; ¹ dificultándose a primera vista demarcar con exactitud los

¹ Véase el interesante estudio *Las ciencias antropológicas en Europa, en los Estados Unidos y en la América latina*, por G. ESGERAND y F. URBINA, en *Memorias de la Sociedad Científica «Antonio Alzate»*, tomo 27, 1908-1909.

linderos entre una u otra suerte de conocimientos. Empero, el acuerdo es indiscutible al considerar a la **Antropología** como la base de las ciencias sociales, y, por tanto, la **Etnología**, la **Etnografía**, la **Prehistoria**, la **Historia**, y la **Arqueología**, son otras tantas piedras de esa base fundamental.

En efecto; la **Antropología** es la Ciencia del Hombre; y así considerada, su campo de acción es inmenso, vastísimo, como que comprende a cuanto se refiere al Hombre físico y psíquico. ¹

BROCA ha dado esta definición incommensurable de ANTROPOLOGÍA: «Es —dice— la Ciencia que tiene por objeto el estudio del grupo humano considerado en su conjunto, en sus detalles y en sus relaciones con el resto de la naturaleza.» De esta suerte, la *Antropología* no es sino un capítulo de la Historia Natural referente al hombre, ² pero que detalla y resume la vida de la humanidad entera.

Pero así como las plantas del mismo género y de la misma especie tienen sus variedades, el *hombre tipo*, desde el punto de vista biológico, tiene también las suyas, y estas variedades son las razas. La Ciencia de las Razas humanas se llama **Etnología**: Es el estudio genérico de las razas, y también el campo de sus especulaciones aparece extraordinariamente dilatado. BRINTON lo comprende bajo la denominación no descaminada de *Antropología histórica y analítica*, que estudia hasta las formas de gobierno, la tecnología, las religiones, la lingüística y esa deliciosa *historia popular* cuyo conjunto de narraciones, cuentos, opiniones, usos tradicionales y supersticiones de todos los tiempos, forma lo que hemos dado en llamar el *folk-lore* o *Folk-love*.

La ETNOGRAFÍA ha sido llamada por él *Antropología geográfica y descriptiva*; porque detalla el origen, los caracteres y las subdivisiones de las razas y de los pueblos: es el estudio específico de las razas.

Finalmente, la *Arqueología* es la *Antropología Prehistórica*, en su primera división, y *Reconstitutiva*, en su segunda.

Pero esta clasificación se ha considerado más bien como enciclopédica que filosófica.

TOPINARD ha formulado otra más racional, que comprende dos divisiones generales:

- 1—Antropología propiamente dicha;
- 2—Ciencias Antropológicas.

La *Antropología pura* toma a su cargo el estudio de la especie huma-

¹ Los filósofos metafísicos, entre otros el ilustre FRAY ZEPERINO GONZÁLEZ, llaman también *Antropología* (Física y Psíquica) a la **Psicología**, considerándola como división de la **Filosofía Subjetiva**; si bien la primera de las ciencias citadas trata del alma humana (el hombre psíquico), de sus facultades sensibles, intelectuales y morales, y de sus propiedades y manifestaciones.

² ENGERRAND Y URBINA, loc. cit.

na en su conjunto primeramente (Antropología General); y después a cada raza en particular (Antropología Especial).

Las Ciencias Antropológicas son *esenciales y accesorias*.

En el primer grupo considera TOPINARD a la Anatomía humana; la Embriogenia; la Filosofía; la Psicología; la Sociología; la Patología; la Teratología.

En el segundo, la Historia; la Arqueología; la Prehistoria; la Lingüística; la Mitología; la Demografía antropológica y la etnográfica, etc.

Sin estar nosotros enteramente de acuerdo en el orden asignado a todas estas ciencias, no admite discusión, por ser evidente el hecho, el que *la Arqueología es una Ciencia Antropológica, unida en estrecho maridaje a la Étnología y la Etnografía*. Basta con lo dicho para dejar definido el sitio que universitariamente ocupa la Arqueología en el concierto de los conocimientos humanos.

* *

Ahora bien; dado nuestro medio social, nuestra escasez de bagaje literario, nuestra deficiente preparación para abordar altos problemas y complicados estudios, ¿cómo formular un programa rigurosamente científico sobre Arqueología, que respondiera a nuestras necesidades de momento, para la enseñanza de aquella ciencia? Era preciso adaptarnos a ese medio y a aquellas deficiencias; y así se formuló ese programa, de acuerdo con los anteriores y aun con los cursos que el PROFESOR MARSHALL SAVILLE sigue en la Universidad de Columbia, en Nueva-York. En consecuencia, sentimos la necesidad de apartarnos del camino que siguen los tratados europeos sobre la Ciencia Arqueológica, aun cuando casi todos son particulares o especiales; y echamos mano de ciertas ciencias auxiliares absolutamente indispensables, porque eliminarlas de nuestro programa hubiera sido desconocer nuestro ambiente educativo en el Museo. Esos auxiliares poderosos han sido la MITOLOGÍA, la LINGÜÍSTICA, la BIBLIOGRAFÍA y otros. Grandes defectos contienen el programa y el método seguidos en la cátedra, generalmente inevitables, toda vez que quedó asentada la franca declaración de que en materias como la Arqueología, *somos improvisados*.¹

¹ Véase el Programa en *Boletín del Museo*, tomo I, 1911, págs. 32 y siguientes.

Hasta la fecha, y durante el año escolar de 1912, y el de 1913, hemos podido emprender solamente el estudio de la civilización *náua*, en general; habiendo presentado, en mis conferencias, a sus dioses, la manera de computar el tiempo, sus artes industriales y su interesantísima escritura jeroglífica, para concluir con una evocación de la vida azteca, a fin de vivir siquiera algunos minutos en aquellos tiempos remotos.

No me detendré más en exponer concretamente, ni mucho menos en apoyar ese programa que, con algunas variantes, es el mismo de mi predecesor inmediato en la cátedra ¹ y que en parte llevamos desarrollado para el estudio del Egipto americano.

IV

En el vasto territorio de la República, por donde quiera que vamos, allí están la huella profunda, el recuerdo melancólico, el templo mutilado; el ídolo que, como nueva esfinge, desde los desiertos del Norte hasta la caliente arena de las playas del Golfo, pide que se le interrogue: allí la cerámica tosca de los pueblos prehistóricos encontrada bajo las lavas, o la elegante y sentida con exornación artística y policroma; allí ¡qué más! hasta las propias razas fosilizadas, pero *materialmente vivas*, tristes y sufridas, con su alma incommovible e indiferente, que perdieron con el eclipse del quinto sol azteca sus dioses y su libertad. Hacia esas razas y hacia esos despojos del pasado se encaminan nuestras vigiliass, en nuestros modestos rincones del Museo, sin presumir de sabios proclamando que todo lo sabemos, porque sería evidenciar nuestra ignorancia. A todo ello, en fin, consagramos nuestro aliento con la fe que vigoriza, para exclamar ante el sociólogo: estas razas ancestralmente misteriosas, que pueblan las montañas y los valles de la patria, son parte integrante del pueblo mexicano: es el indio que iluminó el cielo del Anáhuac con su cultura, su organización social, su asombroso conocimiento de los astros, sus admirables sentimientos estéticos, antes que la blanca paloma

1 El Sr. Lic. D. RAMÓN MENA.

colombina atravesara el turbulento Océano sobre la frágil carabela; y si bañaba en sangre su horrendo *cuauhxicalli* con el sacrificio de las víctimas humanas, en cambio, como preceptos de su misma cruenta religión, elevaba su espíritu en alas de una austeridad de costumbres que hubiera envidiado el ético más exigente. Por eso el profundo estudio de esas razas nos reclama la urgente redención de ellas, empezando por su educación integral digna de un pueblo civilizado, para decir después a cada una, como el Salvador a Lázaro: ¡Levántate y anda!

1914.

